

sondeo puntual de posibles antecedentes que hacen dudar de la novedad "renacentista" de ciertas posturas de Manrique⁸ y al mismo tiempo permiten evaluar mejor la carga sentimental que se ha atribuido una y otra vez a ciertos versos, en particular a los 193-195 (cf. p. 60)⁹. Asimismo, una mayor familiaridad con el castellano medieval le hubiera facilitado a Cangiotti la comprensión de las metáforas que emplea Manrique como hechos universalmente aceptados de lengua, antes que como expresión de recónditas intenciones suyas¹⁰.

Pero justamente en los tropiezos, los desvíos y las vacilaciones es en lo que consiste parte de la utilidad del libro. El traducirse *trago* 402 por 'dubbioso passo' (véase también p. 117) o *afruenta* 407 por 'dura prova' (véase también *ibid.*) fija nuestra atención en lo que podemos llamar el "vocabulario castellano de la muerte y del juicio". La discrepancia entre "¿Qué fue de...?" 177, 184, 185, "¿Qué se hizo...?" 181 y 'Dove sono...?' (p. 57) nos hace constatar que el *Ubi sunt?* y sus traducciones literales a otros idiomas indican un estado (en este caso su falta), mientras que las expresiones castellanas correspondientes son más dinámicas y apuntan más bien a un resultado. Así en los versos de Manrique el tópico se deslexicaliza en imágenes ("¿Qué fueron sino rocíos / de los prados?" 227-228) y en preocupaciones escatológicas ("Di, Muerte, ¿dó los escondes / y traspones?" 269-270).

Tanto por los defectos como por los méritos de su trabajo, Gualterio Cangiotti ha merecido bien de los lectores de la poesía española medieval, y esperamos que prosiga sus esfuerzos. Felicítamos también a la casa Patron por su elegante y esmeradísima labor editorial.

MARGHERITA MORREALE

Università di Bari.

EDMOND CROS, *Protée et le Gueux. Recherches sur les origines et la nature du récit picaresque dans le "Guzmán de Alfarache"*. Didier, Paris, 1967; 506 pp., 4 láms. (*Études de littérature étrangère et comparée*).

Edmond Cros nos ofrece un libro rico, complejo, que revoluciona con firmeza numerosas ideas tradicionales. Centrado en la obra maestra de Mateo Alemán, este trabajo desborda sin embargo los límites de una monografía, y se integra en la gran corriente de investigaciones que actualmente se proponen llegar a una mejor definición del concepto mismo de *picaresca*. Por otro lado, a pesar de prescindir casi completamente de referencias biográficas, confirma las últimas revelaciones de la crítica

⁸ Por ejemplo, de su "activismo": recuérdese la distinción que hacía Alfonso el Sabio en sus *Partidas* entre "oradores" y "defensores".

⁹ Sirvan de término de comparación las consideraciones que se han venido haciendo sobre el *Ackermann aus Böhmen*, que informan en muchos aspectos la tesis, tanto mejor documentada, de Burdach.

¹⁰ De ahí que huelgue la explicación de *celada*, que en realidad no es más que la trampa final que nos tiende la muerte (concebida como cazador, no sin interferencias de la imagen del diablo).

al respecto. Junto a una nueva interpretación del *Guzmán*, la lectura de este libro nos proporciona en efecto una nueva imagen del autor. Ambos enfoques novedosos, vinculados estrechamente, arrojan a su vez nueva luz sobre el problema de los orígenes de un género básico para la formación de la novela moderna. Es significativo ver que el autor invoca la doble autoridad de Bataillon y Rousset, pues a la par que nos presenta una interpretación del *Guzmán* según Mateo Alemán, se preocupa de aclarar la significación por la forma, destacando la relación estrecha de ambas.

No es de extrañar, por lo tanto, que desde las primeras páginas se plantee el espinoso problema de la unidad del *Guzmán*, a propósito de una breve evocación de la trayectoria seguida por la obra, desde el éxito inicial hasta el desinterés actual (p. 27). Pero antes de estudiar el tipo de relación que permite resolver la ambigüedad fundamental que caracterizaría la obra de Alemán, Cros se detiene a considerar las vicisitudes de la misma (pp. 29-82). En efecto, mutilado por quienes a partir de Brémond —y no de Le Sage— pretenden purgarlo de las “moralités superflues”, el *Guzmán*, por una especie de movimiento pendular, sufrió después una *fossilización* testimoniada por el carácter abstracto de los títulos de los estudios a él consagrados (*lección y sentido, intención y valor...*). Cros defiende la idea de que si en el *Guzmán* existe en germen un proceso de *desnovelización*, destacado con agudeza por J. F. Montesinos, también hay en él el germen de un proceso inverso de *novelización* (p. 61), cuyo itinerario esboza con maestría, deparándonos de paso varias novedades sorprendentes. Así, por ejemplo, que Le Sage trabajó a partir de la traducción de Brémond —lo cual hace más comprensible su célebre juicio sobre las moralidades superfluas—; que, quizá bajo su influencia, el mismo Moratín planeó la publicación de una versión “expurgada”, y que, según parece, hasta llegó a pergeñar un falso para justificarla (p. 43). Aunque el proyecto de Moratín no se llevó a cabo, su concepción pervive en la edición que Aribau cuidó para la BAE: en ésta el texto, aunque completo, presenta una nueva división en párrafos, para facilitar una lectura fragmentaria “sin perjuicio de la integridad de la novela” (p. 46). Llegado a este punto, Cros demuestra que Le Sage y su siglo no fueron ni los primeros ni los únicos responsables de una interpretación que se interesa exclusivamente por los aspectos novelescos de la obra. No podemos aquí ocuparnos con detalle de un análisis sutil que considera el carácter híbrido del *Guzmán* como causa de las fluctuaciones evidenciadas desde la primera edición por los cambios del título (p. 51). Lo que sí es innegable es que el título que por motivos comerciales eligió el editor Verdussen (Amberes, 1681), *Vida y hechos del pícaro Guzmán de Alfarache*, y los grabados que ilustran el texto, contribuyeron a orientar por muchos años la interpretación de la obra, apreciada exclusivamente por su contenido narrativo.

Como hemos indicado más arriba, Cros reprocha a la crítica de los últimos treinta años haber seguido demasiado sistemáticamente el camino inverso. Aunque sin suscribir la tesis de Van Praag, cuya arbitrariedad señala (p. 68), afirma que lo que con ello se ha conseguido ha sido un resultado negativo, pues se han olvidado los aspectos innovadores

de una obra que actuó de catalizador y de reactor a comienzos del siglo xvii. Por lo tanto cree que hay que remontarse en el tiempo e investigar la acogida que le dispensó el primer público (pp. 85-128).

Oponiéndose a las conclusiones que Moreno Báez ha deducido del examen de las piezas preliminares, Cros afirma que aunque sus autores, como el mismo Alemán, insisten en la ejemplaridad del *Guzmán*, no lo hacen en mayor medida de lo que se estilaba en la época para presentar una obra no doctrinal, dado que el rechazo de toda literatura gratuita seguía siendo una característica de la España del siglo xvi. No hacen la menor alusión al debate teológico del pecado y de la gracia; en cambio llama la atención la importancia que conceden al héroe. Éste es considerado como un nuevo Proteo (pp. 88-89) que por sus metamorfosis entraña una universalidad comparable a la del actor y sus numerosos papeles. Al respecto, Cros nos ofrece interesantes observaciones sobre las metáforas (imagen, espejo, teatro) empleadas a propósito de la vida de Guzmán (pp. 89-93). Sin negar que se trata de tópicos, el crítico considera significativa la espontaneidad con que aparecen, reveladora de la familiaridad con que los primeros lectores captan el universo del *Guzmán*.

El doble objetivo del libro, particular y general, también aparece condensado en la fórmula *poética historia*, empleada por el mismo autor en una *Declaración* preliminar cuya originalidad e importancia destaca Cros. Llegamos así por primera vez al problema capital de la verosimilitud (p. 85), que será tratado más ampliamente en la conclusión (p. 424). Tal problema hace adoptar a Alemán una solución totalmente diversa de la del autor del *Lazarillo*. A la verosimilitud *interna*, artística y no moral, imaginada por su predecesor, Alemán opone una verosimilitud *externa*, fundada en los conocimientos retóricos de Guzmán, cuyo rechazo por Cervantes motiva ciertas decisiones fundamentales de éste. Al presentar las cosas tan esquemáticamente, simplificamos en demasía el razonamiento de Cros, pero no es menos cierto que su análisis desemboca en semejante topología de lo verosímil. También a propósito de la fórmula "poética historia", Cros cita una alegoría de Mal Lara (p. 96) que representa a la Retórica con un libro abierto en cada mano: la Historia y la Poesía. Esta alegoría será la clave que nos permitirá comprender mejor el *Guzmán*.

Los contemporáneos del *Guzmán* destacan, en efecto, la elocuencia como uno de sus méritos esenciales. La omnipresencia de la elocuencia —pero de una elocuencia más ciceroniana que eclesiástica— explicaría, según Cros, el error interpretativo de M. Herrero García (p. 102). Profundizando más el tema, añade observaciones sobre el enfoque del autor de la traducción italiana, Barezzi Barezzi, que no ve en el *Guzmán* sino una miscelánea, y muestra a continuación cómo James Mabbe y Gaspar Ens exageran la postura del italiano para elaborar sus versiones al inglés y al latín (pp. 110-114). Como conclusión llegamos a una idea importante: que la educación que supone una lectura del *Guzmán* como novela falta todavía a la gran mayoría de los primeros lectores. Si se compara la adaptación de Barezzi con la de Brémond, espíritu mediocre, se aprecia el camino recorrido en este aspecto en menos de un siglo

(pp. 38-39). Esto parece contradecir la observación que destacaba la importancia concedida al protagonista por los primeros lectores. Pero Cros aclara que esta importancia no tiene carácter novelesco: Guzmán no es considerado como centro ordenador de la trama, sino como una amplificación retórica del conocido *argumentum a contrario*. La lectura del libro según su primer público nos lleva por lo tanto a un estudio de la miscelánea como subproducto de la retórica.

Surge así con claridad cada vez mayor una de las ideas directrices de la obra, que destaca la importancia de una revaloración de la retórica para una mejor comprensión de los orígenes de la novela moderna. El juicio de los primeros lectores, y la insistencia de Alemán para basar la verosimilitud de su narración en la condición de “buen estudiante latino, retórico y griego” del héroe, llevan a Cros a recordarnos el lugar que la retórica ocupaba en la formación intelectual de los hombres del siglo xvi. En una breve digresión histórica (pp. 140-145), también recuerda que el *De oratore* y la *Institutio oratoria*, al mismo tiempo que tratados técnicos, son verdaderas artes poéticas. Asimismo, pone de relieve el carácter a la vez *formativo* y *deformante* de los ejercicios de oratoria. Los centones y florilegios que pululan en el siglo xvi encuentran su justo lugar en la tradición escolar que los produjo. Constituyen, según feliz expresión del autor, “un inmenso museo heterogéneo” puesto a la disposición de la imaginación y del pensamiento colectivo. Ahora bien, el mismo Alemán, interpretado como *autoridad* por sus primeros traductores —que acompañan el texto de anotaciones marginales—, debe mucho a ese material retórico escolar; su erudición es, en efecto, mucho más de segunda mano de lo que generalmente se cree. Señalemos, de paso, que Cros ha tratado en su conjunto el problema de las fuentes del *Guzmán* en un valioso estudio complementario que pone en evidencia este fenómeno. (*Contribution à l'étude des sources de "Guzmán de Alfarache"*, Montpellier, 1967).

Cros destaca entonces el influjo de la retórica en las otras obras de Alemán (pp. 162-174). En las observaciones finales sobre el famoso retrato con el emblema de la culebra y la araña —factor de unidad, significativo a sus ojos, entre las diferentes obras de Alemán— hallamos de nuevo la perspicacia que caracteriza sus observaciones iconográficas (cf. pp. 33-34, sobre la influencia de los grabados de Bouttats en la reelaboración de Brémond).

Como conclusión de los diversos análisis anteriores, Cros afirma la importancia de la retórica en el *Guzmán* y, de aquí en adelante, se inspirará en ella para penetrar progresivamente en la estructura de la obra y en el pensamiento de su autor. Progresivamente, porque esta penetración se efectúa en tres tiempos, con una etapa intermedia —la segunda— que, siguiendo el orden sugerido por la división clásica entre lugares comunes *extrínsecos* e *intrínsecos* (p. 177), permite pasar del estudio de las características formales de la obra a la estructura que, como se verá, Cros relaciona con el importante sistema de los *afectos*.

Por ser una vía de acceso más cómoda, la nueva lectura comienza con un examen de todo el aparato exterior (*exempla*, sentencias y lugares comunes, fábulas y apólogos, pp. 181-243). Una antología completa de

los ejemplos del *Guzmán* va precedida de una aclaración epistemológica que refuta la interpretación dada por Keller al *Libro de los ejemplos*, y afirma la necesidad de reinterpretar el *exemplum* a la luz de los tratados de retórica. La antología misma se presenta en dos partes. No nos parecen del todo convincentes los argumentos justificativos de tal bipartición, basados en la existencia de un doble registro que correspondería al personaje joven y al personaje maduro (pp. 189-190). Tal vez en lugar de recurrir a una explicación tan influida por la noción de realismo psicológico, hubiera bastado mencionar —como por otra parte lo hace el autor en las pp. 335-362— la predilección de Alemán por las construcciones antitéticas.

Entre las consideraciones inspiradas por esta compilación, citemos el cuadro de la p. 197, que destaca la importancia del tema de la justicia y de la misericordia en los *exempla*, con un desequilibrio neto a favor de la censura (denuncia de la injusticia y del egoísmo) en detrimento de la alabanza. Esa importancia vuelve a manifestarse en las autoridades sagradas, especialmente en los tres sermones intercalados por Alemán en la primera parte de su obra. Es curioso observar que Martí ha seguido en esto escrupulosamente a su modelo, al incluir también tres sermones en su segunda parte, que tratan igualmente el tema de la misericordia. Cros nos dice que esta fidelidad es significativa, pues coincide con ciertas declaraciones del mismo Alemán (cf. la epístola inédita publicada en apéndice, pp. 236-242) sobre el papel desempeñado por este problema en la génesis del libro (p. 225). Es revelador, además, que sólo para este tema se busque el apoyo de las autoridades divinas. Este importante análisis no constituye más que el comienzo de una demostración que se desarrollará ampliamente en la última parte del libro.

Desde otro punto de vista, el lugar que ocupa el ejemplo en la estructura del capítulo (Cros, pp. 200-209), el arte con que Alemán recurre a la complicidad del lector, testimonian una vez más sus cualidades de discípulo excelente de los retóricos. Además, la utilización de estos lugares comunes extrínsecos, que permiten un vaivén entre lo particular y lo general, confiere al conjunto de la obra el carácter de un vasto apólogo, dentro del cual los apólogos morales —con los que termina el análisis— ocupan un lugar privilegiado (pp. 232-243). Sólo de paso podemos aludir aquí al estudio dedicado al apólogo del *Contento-Descontento*, que pone de relieve cómo se combina la doble influencia de Alberti y Doni sobre Alemán. Cros ensancha constantemente el área de sus observaciones, pasando del *Guzmán* a otras obras picarescas. Destaca, por ejemplo, el carácter tradicional y escolar de la sátira, y previene contra la tentación de interpretarla como testimonio de la realidad social contemporánea. Paradójicamente, no lo es más que en la medida en que su misma fosilización pone de manifiesto la importancia de la retórica, que satura entonces la atmósfera intelectual (p. 214).

Hecho el balance de todo lo que actualmente puede considerarse como anticuado en la retórica, Cros ocupa las dos partes últimas de su libro en mostrar que esta disciplina no ha influido sólo en el aspecto externo, sino que constituye la base de lo que aparentemente es más novedoso en el *Guzmán*. Para ello, pasa a continuación a estudiar los

lugares comunes *intrínsecos* ("los propios del tema tratado"). Éstos proporcionan, en efecto, cierto número de categorías para captar la realidad. A pesar de la monotonía de tal método, este código constituye un notable instrumento formador puesto a la disposición de la creación literaria. Aunque suponen la repetición de esquemas sumamente rígidos, la *definición* y la *enumeración* dan a las narraciones picarescas su carácter concreto y son la raíz del enriquecimiento de la sátira. Asimismo, es cierto que las *circunstancias concomitantes* llevan a la imaginación a moverse sólo en un mundo de generalidades verosímiles, pero al mismo tiempo le ofrecen un marco preconstituido para desplegar el mensaje narrativo (pp. 264-266). En una de ellas (el *argumentum a loco*) ve Cros el origen del desarrollo de tópicos descriptivos, especialmente del tan conocido del *lugar ameno*. En función de este tópico —y sólo de él— el crítico propone interpretar la descripción del paisaje paradisíaco en el que Guzmán fue procreado. Sin aceptar las consecuencias teológico-morales a que llega CARLOS BLANCO luego de un análisis totalmente diferente —*NRFH*, 11 (1957), 318-319— en que pone el acento de manera tal vez excesiva sobre el simbolismo del "paraíso", creo que Cros debiera haber destacado el violento contraste entre la naturaleza del idilio y el marco en que éste tiene lugar, contraste que no existe en los otros idilios que cita al respecto (pp. 268-271). En el razonamiento siguiente, de especial importancia, señala el lugar secundario que tiene la descripción, y además el hecho de que se la conciba en función de los sentimientos o las emociones que ha de suscitar. De ahí que se distribuya según dos grandes ejes interrelacionados: la censura y la alabanza (pp. 273-280). Estamos otra vez ante la reminiscencia de debates escolares. La poca abundancia de pasajes descriptivos crea un vacío espacio-temporal; el estudio de los medios utilizados por Alemán para llenarlo nos proporciona observaciones interesantes sobre las relaciones del *Guzmán* con los *Alivios de caminantes*, *Sobremesa*, etc., y sobre una técnica que Cros compara con la llamada por Nathalie Sarraute *sous-conversation* (pp. 281-288). Me permito agregar que en Mateo Alemán esta antología de monólogos interpolados evidencia la imposibilidad de comunicación entre personajes, característica puesta elocuentemente de relieve por las citas reunidas por Cros en la p. 283.

En semejante contexto, la descripción de la ciudad de Florencia plantea un problema especial. Cros la interpreta como testimonio de la nostalgia de un Alemán incómodo en el marco de la sociedad española de su tiempo (pp. 289-297). Francamente, no nos parece tan clara como él dice "la corona de elogios" tejida por Alemán a la gloria de Italia (cf. la primera acogida de la familia de Guzmán en Génova, o su prisión injusta en Bolonia). En cambio admiramos la síntesis comparativa sobre el nuevo ejercicio escolar constituido por el panegírico de ciudades y su integración más o menos lograda al relato (pp. 297-303).

Al estudiar la descripción de las personas y destacar una vez más el peso de la norma, Cros observa que algunos preceptos horacianos o ciceronianos, deformados o mal interpretados, están en la raíz del desarrollo de la sátira (p. 310) y de la creación de un universo de *tipos* más bien que de *personajes*. Cabe relacionar esto con otra observación similar, que

le hace vincular una interpretación esclerotizada de preceptos horacianos con la búsqueda sistemática de una correspondencia (de similitud o contraste) entre las pasiones del alma y los rasgos exteriores de un personaje (p. 370). De la evocación de tipos del *Guzmán*, citemos solamente la sugestiva observación sobre la tendencia de Alemán a presentar un tipo tradicional encarnado parcial y sucesivamente por varios personajes (p. 328). A veces ocurre lo contrario: tal el caso del padre del héroe, encarnación de varios tipos tradicionales superpuestos (pp. 336-341). En cierta medida, nos dice Cros, esto sucede con el propio Guzmán, que encarna sucesivamente varios tipos de paje, si se tiene en cuenta, por ejemplo, la clasificación del *Diálogo de los pajes* de Diego de Hermosilla. Esto es válido aun el caso de que se interpone el último avatar de Guzmán paje —el de bufón— no vinculado con los pajes “parleros y chimeros” de Diego de Hermosilla, sino con el tipo de “truhán chocarrero”, “sabandija”, blanco de todos los ataques de moralistas y autores satíricos de fines del siglo xvi. Guzmán debe su aspecto proteico a estas metamorfosis constantes, mientras que, por otra parte, dos nuevos lugares comunes intrínsecos —el *argumentum a contrario* y el de la causa y el efecto— son otros tantos factores de unidad. Expresaremos aquí algunas reservas sobre las reflexiones consagradas (pp. 355-362) a la *evolución* de un personaje que creemos concebido más en función de una dialéctica (cf. p. 419) que de un proceso psicológico. A pesar de esta divergencia, destacamos el interés de la conclusión que, a propósito del espinoso problema del determinismo hereditario, opone la solución de Alemán a la de Quevedo para el *Buscón* (p. 363).

Como ya hemos visto, Cros interpreta el famoso contraste entre apariencias y realidad como consecuencia de una deformación de ciertos consejos de Horacio. El crítico destaca la importancia de este contraste en todos los niveles del *Guzmán* como nadie lo había hecho anteriormente (pp. 373-390). La omnipresencia de dicho contraste es para Cros uno de los grandes ejes que dan unidad al libro. Esta consideración le permite pasar al estudio de la otra gran oposición justicia-misericordia que da cuenta de la estructura del *Guzmán*. Llegamos aquí, y Cros no lo oculta, a la clave de la tesis. En el esquema general del libro, que destaca el influjo de la retórica en las técnicas y en lo que podemos llamar el cuadro ideológico de Mateo Alemán, era de capital importancia vincular tanto la narración picaresca como las digresiones o historias interpoladas no sólo con el contraste de la realidad y las apariencias, sino con la justicia, que permite discernir una de otras. Cros revalora al respecto el sistema de los *affectus* (pp. 391-403) y propone interpretar a partir de él las numerosas exclamaciones e interrogaciones que aparecen a lo largo del *Guzmán*. Si se pasa revista a los temas relacionados con los diversos *affectus* —tanto en el nivel narrativo como en las consideraciones generales— se manifiesta un desequilibrio en favor de los que aluden a la dialéctica de la justicia y la misericordia. Cros subraya de paso —otra vez es el primero en hacerlo— la cantidad de pleitos presentados o evocados en la trama (p. 407), y aprovecha la ocasión para mostrar que a este respecto no hay contraste entre la narración principal y las digresiones o novelas interpoladas. Hay además otro tema,

el de la mendicidad y la limosna, inseparable del de la justicia y la misericordia. En apoyo de su tesis, Cros utiliza aquí un argumento de suma importancia: el testimonio del mismo Alemán, sacado de una de las dos epístolas publicadas en el apéndice. En ella el autor del *Guzmán* trata *in extenso* del problema de la "reducción y amparo de los pobres del reino" y afirma que escribió su libro movido por él. Respetando el orden de su investigación, que le había llevado a conclusiones confirmadas *a posteriori* por el documento autógrafo, Cros utiliza la epístola de Alemán con discreción ejemplar. Es cierto que es posible dudar, como se ha hecho (cf. v.gr. F. Rico, introd. a *La novela picaresca*, Barcelona, 1967, p. cxliv, nota 57), de la sinceridad de las declaraciones de Alemán, sobre todo teniendo en cuenta que el destinatario de la carta era, según toda probabilidad, el doctor Cristóbal Pérez de Herrera, gran especialista de la cuestión. Cros rebate de antemano esta objeción al poner el acento menos en la letra que en el espíritu de las declaraciones y al destacar sobre todo la nueva imagen de un Alemán amigo de hombres como Alonso de Barros o Cristóbal Pérez de Herrera, que comparte las preocupaciones de un círculo de intelectuales más cercanos a las ideas que agitaban las ciudades del oeste de Alemania que a las consideradas como características de la España contrarreformista.

En una conclusión significativamente titulada *Invencción novelesca y elocuencia* (pp. 422-427), Cros sintetiza las directivas cardinales de su obra y añade varias observaciones importantes sobre el papel del *Guzmán* en el desarrollo de la novelística. Aun dentro de la tradición medieval, pero al mismo tiempo portador del germen de la novela moderna, el libro de Alemán es una obra en torno de la cual se tienden líneas muy complejas de afinidad o de oposición. Él vuelve a poner de moda el *Lazarillo*, contra él y prolongándolo se escriben obras que, con él, van a constituir un género. Contra el *Guzmán* reaccionará en gran parte Cervantes al crear un arte nuevo de novelar. Ya no se puede dejar de tener en cuenta la influencia que ha ejercido fuera de España, y especialmente en Francia en el siglo XVIII, a través de traducciones muy difundidas. Por él y por su influencia, la retórica aparece así como una de las fuentes de la novela moderna.

Siguiéndola paso a paso, hemos intentado dar una idea bastante aproximativa de la gran coherencia que caracteriza esta obra crítica. Cohesión que no le impide ser un libro abierto, que sugiere numerosas perspectivas a futuros investigadores. Contra ciertas actitudes "fossilizadoras" el libro de Cros representa, pues, una sana reacción.

MONIQUE JOLY

Université de Caen.

JOHN J. ALLEN, *Don Quijote: hero or fool? A study in narrative technique*. University of Florida Press, Gainesville, Fla., 1969; 99 pp. (*Univ. of Florida monographs, Humanities*, 29).

En la introducción, explica el autor que lo que ha motivado su estudio es la multiplicidad de "juicios éticos" emitidos hasta hoy sobre el